

Smoke Hidden Woman

Autor: Eme Navarro

Dibujos: Mermadón

Uno



El frío se había instalado en su estómago, y le obligaba a caminar con largas zancadas para impedir que se abriese paso hacia su cerebro. Mientras subía la calle, Marcus maldecía el momento que había elegido su cantante para desaparecer.

Inconscientemente, volcaba su ansiedad en aquel desaire que le obligaría a cantar él mismo sobre el escenario sin saber apenas las letras. Pero el verdadero origen de su estado de ánimo había que buscarlo en la reunión que había organizado esa misma noche tras el concierto. Irían todos los músicos importantes de la ciudad y era su oportunidad para encabezar una revolución. Estar todos de acuerdo era la única forma de poder enfrentarse a Kevin Miller, el magnate que desde hacía años controlaba el mundo del espectáculo y decidía, según le viniera en gana, qué porcentaje de lo que sacara cada grupo por tocar iba a parar a sus bolsillos.

El balanceo de su guitarra en el flanco izquierdo le ayudaba a mantener el paso. Las calles empedradas de la zona del puerto estaban vacías a esas horas de la noche, y los edificios bajos y ennegrecidos por la humedad le devolvían el eco de sus lamentos.

Bajo el letrero de La Taberna del Escocés le esperaba pacientemente el resto de la banda. Habían formado un pequeño corro y charlaban animadamente. Un

poco retirado del resto, sombrero de cowboy y gafas oscuras, estaba Floyd, el otro guitarrista, pensando en sus cosas. Siempre le había parecido un tipo extraño y retraído, aparentemente ajeno al mundo y muchas veces distante del resto de la banda, pero era un buen guitarrista y nunca se saltaba un ensayo o una actuación, desde que, por sugerencia de el Escocés, se unió a la banda.

Marcus se acercó a Floyd.

- Pásame la petaca, anda, que necesito entrar en calor.
- Ya la he terminado... pensaba rellenarla otra vez antes del concierto.
- ¡Maldita sea! ¿Es que no va a salir nada bien esta noche?
- Joder, tío, lo siento....
- No, si no es por ti... Es Ian, que no viene. Precisamente esta noche, con lo que me ha costado conseguir esta reunión con los músicos. De los influyentes vienen todos. Hasta la Ben Blues Band.
- ¿Vienen los de la Ben Blues Band? Pero si eran partidarios de Miller...
- Miller les exigió la mitad de la recaudación del concierto del sábado pasado. Eso es dinero suficiente como para hacerles cambiar de opinión.
- ¿Tú crees que las demás bandas le van a echar huevos? ¿Te van a apoyar?
- Si no lo creyera no les habría convocado, Floyd. Si nos unimos, si nos negamos todos, podremos con Miller... ¡Hijo de puta! Se terminó el sangrarnos.
- Yo sigo teniendo mis reservas, tío. Miller es un gángster, y nosotros una panda de músicos de tres al cuarto. Créeme, lo conozco muy bien. Se enterará de esta reunión, si no lo ha hecho ya, alguien se irá de la lengua seguro. Y entonces más te vale andarte con ojo.
- Siempre tan razonable... pero yo procuro no serlo. No hay muchas más opciones, ¿no? ¿O hago como tú? ¿Todo el día mirando el mar y la luna petaca en mano?
- ¡En el mar te veo yo a ti, pero flotando! ¡Anda Bakunin, cállate y vamos a La Taberna, que algo tendrán para aclararte el gaznate! Y con suerte, algo que te haga olvidar tus cruzadas...

Dos



La Taberna Del Escocés, garito umbrío de madera vieja. Restos de barcos renacidos que dan cobijo a los desheredados en un callejón de la antigua ciudad portuaria. Cuelga su cartel en la puerta pues Danny, marino viejo, anduvo embarcado con un capitán de Portpatrick hasta que su barba hizo suyo el salitre, arrió velas y puso un nuevo rumbo en su vida, en suelo firme, al mando de esta taberna. Durante lustros fue la música de los negros americanos la que puso banda sonora a sus travesías. Ahora se las cuenta a quien le aguante unos tragos.

La banda desgrana blues que ocultan, entre sus doce compases, historias en si menor de los escasos parroquianos. Por la madera mal calafateada algunas notas se escapan a la noche de una ciudad que lleva siglos agonizando.

Encima del escenario Marcus terminó de colgarse la guitarra, después de haber dejado la funda apoyada contra la pared para que no estorbase. Escuchó detrás de él al batería, con su habitual tono jocoso:

- - ¡Todos los viernes lo mismo! Nada más que tirados buscavidas dejándose el jornal para machacarse el hígado. ¡Si al menos hubiese una cara nueva, con todos los dientes en la boca!
- Dadme un Mi y empecemos, que el Escocés ya tiene compañía...

A pesar de la falta de entusiasmo del público, la banda se entregaba en cada tema. Especialmente Marcus, con la guitarra. Cualquiera que se fijara en su mano apenas vería los dedos moviéndose por el mástil. Lo de cantar era otra cosa, pero aunque se le notaba incómodo, se defendía dignamente.

Le tocaba presentar el siguiente tema y lo hizo con la frase habitual, mientras batía con la mirada al público.

- "... sacó la navaja de afeitar de su padre y se hizo la línea del destino más larga "...

Al final de la barra había una mujer a la que Marcus no había visto nunca. Ojos grandes y oscuros, nariz pequeña y boca dibujada por unos labios teñidos de rojo. Atrajo su atención de inmediato, no por su jersey cuello de pico, ni por el cuerpo que sugería. Era más bien como un halo, una luz que la envolvía y la destacaba entre los pobres desheredados y perdedores que pululaban por el bar. Sus miradas se cruzaron y él perdió el hilo de su monólogo. Carraspeó nervioso y continuó. Sin embargo supo que el resto de las canciones serían sólo para ella.

Tres



Bajaron del escenario entre los escasos aplausos del público. Se acercó a la barra y le pidió al Escocés un Jack Daniels. Ella seguía anclada al extremo de la barra y le miraba entre divertida y misteriosa. Camino del baño pasó por su lado, tan cerca que casi pudo distinguir su perfume, y cruzaron otra mirada más intensa todavía.

Se mojó la cara con el agua fría del lavabo y se miró al espejo.

- - ¡Mierda, como me dé un aire me quedo estrábico! Ahora mismo le entro – dijo al reflejo del espejo.

Pero al volver ya no estaba.

Miró en su cartera. Con lo que había sacado del concierto casi se pudo pagar otro Jack Daniels. El frío había hecho los bártulos al mismo tiempo que la desconocida desaparecía. El Escocés le indicó que ya habían llegado muchos de los músicos y le estaban esperando en el reservado.

Al guardar su guitarra encontró en el estuche una servilleta con la marca de un beso rojo carmín y un extraño dibujo.

Se sentó en la mesa del rincón, junto al escenario, balanceándose con la silla, la copa en una mano, la servilleta en la otra. Había llegado el momento, pero la reunión tendría que esperar. Unos instantes al menos. Cerró los ojos

intentando mantener la imagen de esa mujer. Se levantó de la silla, respiró profundamente, y se dirigió al reservado.

Mientras caminaba, las cuadernas que sustentaban la taberna crujieron, como desperezándose tras un largo sueño...